

OLIVEROS CROMWELL.

AÑO 1599 DE JESUCRISTO.

PRIMERA PARTE.

I.

El nombre de Cromwell ha significado hasta ahora ambición, astucia, usurpación, ferocidad, tiranía; nosotros creemos que su verdadera significación es fanatismo.

La historia es como la Sibila, pues no entrega sus secretos al tiempo sino hoja á hoja. Hasta hoy no habia entregado el secreto del carácter y de los actos de aquel hombre enigmático. Se le habia tenido por gran político, y solo era un gran sectario. Los historiadores de vista penetrante y de profunda investigación, Hume, Lingard, Bossuet y Voltaire, se habian engañado; pero no fué suya la culpa, sino de la época. Los verdaderos documentos aun no habian sido exhumados; el retrato de Cromwell habia sido pintado solamente por sus enemigos, y su memoria arrastrada por el lodo como su cadáver por la restauración de Carlos II, por los realistas de las dos ramas, por los católicos y por los protestantes, por los *whigs* y por los *torys*, igualmente interesados en disfigurar la imagen de aquel protector republicano.

Empero el error no tiene mas que un tiempo, y la verdad tiene siglos. Debía tocarle su vez, y la casualidad anticipó ese momento.

II.

Uno de esos hombres investigadores, que son para la historia lo que los arqueólogos

para los monumentos. Tomás Carlyle, escritor escocés, que reunia el entusiasmo que exalta á la mas obstinada paciencia, Tomás Carlyle, disgustado de esos Cromwell de convenio y de superficie pintados hasta entonces por la historia, resolvió descubrir y restituir el verdadero Cromwell. Las contradicciones evidentes con que los historiadores de su país y de todos los países habian construido hasta aquel momento la imagen de un tirano de capricho y de un hipócrita de melodrama, inducian justamente á Mr. Carlyle, á pensar que bajo una figura histórica tan contradictoria consigo misma, y cuyos actos no eran motivados lógicamente por ninguno de los móviles que se le atribuyen, debía haber otro Cromwell de la naturaleza, enteramente distinto de aquel Cromwell de imaginación.

Guiado por ese instinto de la lógica y de la verdad, que es el genio de los descubrimientos de la erudición, Mr. Carlyle, sectario él tambien, y que se complacia en marchar solo, emprendió la tarea de exhumar y compulsar todas las cartas sepultadas en el fondo de los archivos particulares ó públicos, en las que Cromwell, sin pensar entonces en retratarse, se retrató efectivamente para la posteridad en todas las épocas de su vida oscura y de su vida militar ó política.

Provisto de estos tesoros de verdad y de revelación, se encerró Mr. Carlyle cierto número de años en una soledad campestre y estudiosa, á fin de que no viniera la menor distracción á separar sus ojos del trabajo que con tanto empeño habia emprendido, y despues de haber amontonado, clasificado, estudiado, comentado y reproducido aquellas cartas voluminosas de su héroe, y hecho salir, en fin, como de una tumba cerrada, el espíritu del hombre y del siglo, entregó aquella correspondencia inédita á la Europa, diciendo con mas motivo que Juan Jacobo Rousseau: «¡Tomad y leed, he aqui el verdadero Cromwell!» Con arreglo

á estos nuevos é incontestables documentos, vamos nosotros también á escribir la vida del famoso dictador.

III.

Cromwell, á quien la mayor parte de los historiadores, eco de los folletistas de su época, suponen hijo de un cervecero ó de un carnicero, nació de una familia noble y aun distinguida por los primeros títulos de Inglaterra. Su tío Tomás Cromwell, hecho conde de Essex por Enrique VIII, y decapitado en seguida por una de esas veleidades de carácter y de ferocidad de este príncipe, había sido uno de los espoliadores más furibundos de los bienes de la Iglesia romana y de los monasterios, después del restablecimiento del protestantismo por su soberano. El gran trágico inglés, Shakspeare, pone proféticamente en escena á ese Tomás Cromwell, conde de Essex, en una de sus tragedias. El fué á quien el cardenal *Wolsey*, conducido al calabozo y á la muerte por la inconstancia de Enrique VIII, dijo marchando al suplicio: «¡Cromwell! ¡Cromwell! ¡guárdate de la ambición, guárdate de ella! ¡Si yo hubiese empleado en servir á mi Dios la mitad del celo que he empleado en servir á mi rey, no estaría aquí despojado y atormentado bajo la mano de mis enemigos!...»

IV.

Este Cromwell, conde de Essex, primer ministro de Enrique VIII, aunque por breve tiempo, ocupó á uno de sus sobrinos, Ricardo Cromwell, en la persecución de los católicos, y le enriqueció con los despojos de las iglesias y de los conventos. Ricardo Cromwell fué bisabuelo del protector Oliveros Cromwell.

El abuelo de Oliveros, conocido en su provincia con el nombre de *Caballero de oro*, por alusión á las riquezas que había adquirido su familia en el despojo de los conventos, se llamaba Enrique Cromwell. Vivía en el condado de Lincoln en las tierras de Hinchinbrook, antiguo monasterio de religiosas espulsadas, transformado por los Cromwell en castillo señorial. Casó á su hijo mayor, Ricardo Cromwell, con una hija de la familia de Stuart, establecida en el mismo condado. Esta Isabel Stuart fué la tía de Oliveros Cromwell, que más adelante debía humillar á Carlos I, como si el destino se complace de este modo en mezclar en las mismas venas la sangre de la víctima y del asesino.

V.

El rey Jacobo I de Escocia, al pasar por el condado de Lincoln, para venir á reinar á Inglaterra, honró con su presencia la morada de los Cromwell, á causa de ese parentesco, con Isabel Stuart, madre del futuro protector. El niño, nacido en 1599, tenía entonces cuatro años; más adelante pudo acordarse, cuando él mismo reinaba en el palacio de los Stuarts, en White-Hall, de haber visto bajo su techo, y á la mesa de su propia familia, á ese rey, padre del rey á quien él mismo iba á destronar y decapitar.

Aquella familia no tardó en decaer de su riqueza. El mayor de los hijos vendió á bajo precio la casa señorial de Hinchinbrook y se retiró á una pequeña hacienda que poseía entre los pantanos de Huntingdon. Su hermano segundo, Roberto Cromwell, padre del futuro soberano de Inglaterra, criaba pobremente á su familia en otra hacienda vecina, sobre las márgenes del río Ouse, llamado Ely. La naturaleza indigente, áspera y perezosa de aquella comarca acuática, el horizonte monótono, el río fangoso, el cielo nebuloso, los árboles mequinos y endeblés, las rarísimas cabañas que por allí se veían, y las costumbres de los habitantes, eran motivos más que suficientes para concentrar y hacer tétrico el carácter del niño. El alma de las localidades parece que pasa al alma de los hombres; los grandes fanatismos salen generalmente de los países ingratos y tristes: Mahoma, de los valles abrasados de la Arabia, Lutero, de las frías montañas de la baja Alemania, Calvino, de las llanuras inanimadas de la Picardia, Cromwell, de los pantanos del Ouse. Según es el lugar, así es el hombre. El alma es un espejo antes de ser un foco.

VI.

Oliveros Cromwell, cuya historia escribimos, era el menor de los cinco hermanos, y perdió, siendo todavía muy joven, á su padre. Enviado á la universidad de la ciudad vecina á la casa paterna, cursó allí sus estudios liberales, y volvió á la edad de diez y ocho años, después de la muerte de su padre, para servir de apoyo á su madre y de segundo padre á sus hermanas. Tenía seis, á todas las cuales amó con entrañable cariño. A la vista de su madre, y con una razón prematura, dirigió y gobernó la casa paterna. A los veinte y un años contrajo matrimonio con Isabel Bouchier, joven y hermosa, heredera de la provincia, cuyos retratos revelan, bajo una casta y tranqui-

la figura del Norte, un alma capaz de entusiasmo, de piedad y de contemplación. Este fué el primero y también el único amor de su marido.

Establecióse Cromwell con su joven esposa, en la casa de su madre y hermanas en Huntingdon, donde vivió diez años en medio de las delicias de una paz piadosa, dedicado á las faenas domésticas de su reducida fortuna, á las ocupaciones rurales de un buen arrendador que cultiva él mismo sus tierras, y á los pensamientos religiosos de reforma que agitaban en aquel tiempo hasta un grado de verdadera demencia á la Escocia, á la Inglaterra y á la Europa.

Su familia, sus amigos y sus vecinos, eran fanáticos adeptos de la nueva causa del protestantismo y puritanismo, causa todavía disputada en Inglaterra por los restos de la antigua Iglesia vengida, siempre dispuestos á revivir. El famoso patriota *Hampden*, que debía dar la señal de una revolución sobre el trono por medio de la negativa legal de un impuesto de veinte chelines á la corona, era primo del joven Cromwell y puritano como él. Esta familia revolucionaria en religión y en política, debía exaltarse mutuamente en la soledad por la pasión de la época reconcentrada en escaso número de fieles: Esta pasión, en el temperamento fogoso y sombrío del joven Cromwell, se acrecentaba hasta el punto de enfermar su imaginación: tenía él por su salvación eterna; tenía escrúpulos de no hacer bastante por su fé, y se reprendió á sí mismo como una bajaza la tolerancia de algunos símbolos católicos, tales como la cruz en el cuspide de los edificios y algunos adornos religiosos que el protestantismo reciente dejaba todavía subsistir en la Iglesia de Huntingdon. Sentíase amenazado de una muerte próxima, y tenía los juicios de Dios. Warwick, uno de sus contemporáneos, refiere que sobrecogido Cromwell de sus accesos de melancolía religiosa, enviaba á buscar frecuentemente por las noches al médico del pueblo inmediato á su casa, y hablaba largamente con él de sus escrúpulos y recelos sobre la fé. Asistía con frecuencia á los sermones que predicaban los ministros puritanos ambulantes que venían á reanimar el ardor de las polémicas y de los odios; buscaba la soledad, meditaba los textos sagrados sobre las márgenes del río que atravesaba sus campos, y la enfermedad de la época, la interpretación de la Biblia, que á la sazón se había apoderado de todas las imaginaciones piadosas, trabajaba dolorosamente la suya. Escuchaba en sí mismo las inspiraciones interiores sobre el sentido religioso y político de los textos sagrados, y admitía, como los puritanos sus hermanos, esa revelación individual y perpetua por medio de las páginas y los versículos de un libro infalible y divino, pero del cual ninguna otra autoridad que no fuese el espíritu de Dios, soplando y hablando en

nosotros, podía dar una interpretación obligatoria. El puritanismo de Cromwell era la obediencia absoluta á la Escritura Santa y la libertad absoluta en la interpretación de esta Escritura: dogma contradictorio, pero seductor de esa secta, que manda por un lado, bajo palabra, creer en la divinidad de un libro, y abandona por otro á la imaginación de cada individuo el sentido del libro impuesto.

VII.

Desde esa fé en la inspiración propia y continua á la alucinación y á la profecía, no había más que un paso, y los fervientes puritanos, y el mismo Cromwell, se dejaban deslizar naturalmente á ellas á cada instante. Cada uno era á la vez su inspirador y su inspirado. Esa religión que se escuchaba sin cesar hablar ella misma en el alma del creyente, era sobre todo la religión de las imaginaciones enfermas: el fanatismo crecía en proporción de la piedad. Cromwell se embriagaba en su retiro con aquellos miasmas de su época, concentrados y exaltados en él por la juventud, por la energía y por la soledad de sus pensamientos.

Las únicas distracciones que tuvo en su retiro, eran la educación de su familia, el cultivo de sus campos, la multiplicación y la venta de sus ganados. El mismo iba á comprar á las ferias de las inmediaciones las reses pequeñas para cebarlas en sus prados y volverlas á vender con un mediano beneficio después de los pastos. Había vendido en dos mil guineas, una parte de las tierras de su patrimonio para adquirir una hacienda más cercana al agua y más abundante de prados junto á la aldea de San Yoo, á pocas millas de Huntingdon. Allí se estableció con su familia, ya numerosa, pues tenía dos hijos y cuatro hijas, y habitaba en un castillo pequeño, oculto bajo los sauces á orillas de los prados, llamado el *Castillo del Sueño* (Sleep Hall): tenía entonces treinta y seis años. Su correspondencia en aquella época está toda llena de afecciones de su familia, elogios de su mujer, satisfacciones de sus hijos, detalles domésticos y solicitudes de su alma en favor de los misioneros puritanos, cuyos predicaciones propaga y cuyo celo sostiene caritativamente con buenas limosnas. Su vida ejemplar, la buena administración de su casa, su reputación de labrador inteligente y económico, su asidua y acertada intervención en los intereses generales de la provincia, le habían granjeado esa popularidad rural que recomienda á un hombre modesto á la estimación y á la confianza del pueblo para representar debidamente sus intereses y la opinión de la mayoría en los consejos deliberantes de su país.

Cromwell, que se reconocia destituido de frecuencia natural, y cuya ambicion entonces no pasaba del círculo de su felicidad doméstica, de su escasa fortuna y de sus campos limitados, no solicitaba los sufragios de los electores de Huntingdon y de San Yoo; pero por el interés de la religion, que constituia toda su política, creyó que en conciencia debía aceptarlos.

El 17 de marzo de 1627, fué elegido miembro del parlamento por su condado. Su vida pública comenzaba con las tempestades parlamentarias de la Gran Bretaña, que iban á arrojar un rey sobre el cadalso y levantar á un arrendatario de campo mas alto que el trono.

Para comprender bien á Cromwell y el lugar que sin saberlo le reservaba el destino, dirijamos una mirada sobre la Inglaterra en los momentos en que Cromwell se presenta desconocido y silencioso en la escena.

VIII.

Enrique VIII, ese Calígula breton, en un acceso de cólera contra Roma, habia hecho cambiar de religion á su reino, que es el mayor acto de soberanía que ha ejercido jamás un hombre sobre una nacion. El capricho de un rey habia llegado á ser la conciencia de un pueblo; la autoridad civil habia subyugado á las almas. El viejo catolicismo, repudiado por el príncipe y entregado como objeto de irrisión y despojo á la codicia de los grandes y del pueblo, se habia desplomado con sus dogmas, su gerarquía, su clero, sus monges, sus monasterios, sus posesiones sagradas, sus territorios dados en feudo, sus riquezas y sus templos. La fé católica era un crimen de Estado; su nombre un escándalo y una acusacion contra sus fieles. La apostasia nacional habia sido tan rápida como un rayo: la nacion católica habia desaparecido bajo la nacion anglicana. Con todo, Enrique VIII y sus consejeros quisieron conservar de la antigua religion de Estado lo que tenia de favorable para el príncipe, de útil para el clero y de seductor para el pueblo, es decir, el principio de autoridad que habia de imponer el príncipe, jefe de la religion, á las almas, la gerarquía, los honores y las riquezas á los obispos, y en fin, la liturgia y el esplendor de las ceremonias á los pueblos. Tomando un medio político entre la iglesia de Lutero y la de Roma, habia constituido la Inglaterra su propia iglesia; esta iglesia era rebelde á Roma, á quien imitaba combatiéndola, y se mostraba sumisa á Lutero, á quien restringia al asemejarse con él: era un establecimiento mas civil que religioso, que

daba mas cuerpo que alma y mas aparato que realidad á la devocion del pueblo.

El pueblo, sin embargo, orgulloso de haber sacudido el yugo de Roma, odiando la supremacía antigua que por tanto tiempo habia subyugado y poseído aquellas islas, y teniendo horror al *papismo*, palabra en la que estaban reunidas para él todas las supersticiones y todas las servidumbres extranjeras, el pueblo se habia adherido fácilmente á su nueva iglesia. Veia en ella un símbolo de su independencia, un *palladium* contra Roma, y una prenda de su nacionalidad. Los soberanos, desde Enrique VIII, cualesquiera que fuesen sus creencias personales, se habian visto precisados á defender ó proteger el culto anglicano. La declaración de fé católica hubiera sido para ellos igual á una abdicacion, porque el pueblo no se habria fiado para su independencia civil de unos príncipes que hubieran profesado su dependencia espiritual de Roma.

IX.

Sin embargo, la libertad habia penetrado naturalmente con la rebelion en la conciencia del pueblo inglés. Despues de haberse insurreccionado á la voz de su príncipe contra la autoridad antigua y sagrada de la iglesia romana, era absurdo pensar que la conciencia nacional se sujetaría sin murmurar á la unidad de la nueva institucion. Los cimientos que se habian echado á su vista en el desórden y en la sangre del tirano de Inglaterra, eran demasiado recientes para parecerle divinos. Cada conciencia habia querido aprovecharse de su libertad. Las sectas habian nacido de la anarquía religiosa, y eran innumerables como los pensamientos del hombre entregado á su propio sentido, y fogosas como las novedades en la fé; describirlas todas seria un trabajo que excederia de los limites que nos hemos impuesto. La mas numerosa era la de los puritanos, especie de jansenistas de la reforma. Una vez dentro de la region de las creencias libres é individuales, no veian razon para transigir con la que ellos llamaban las supersticiones, las idolatrias, las abominaciones, los símbolos, las ceremonias y los vértigos de la iglesia romana. No atribuian autoridad absoluta sino á la Biblia, ni reconocian mas soberanía que un texto; pero aun de este mismo texto no recibian mas explicacion ni aplicacion que lo que ellos llamaban el *espíritu*, es decir, la inspiracion arbitraria que subia de sus propias ideas á su entendimiento. Llevaban el oráculo en sí mismos y consultaban perpétuamente al oráculo. A fin de evocarlo con mas poder, celebraban asambleas piadosas, y formaban cenáculos é iglesias donde cada cual to-

maba la palabra cuando sentia el temblor sagrado, y donde las divagaciones mas estranas de los fieles pasaban por la palabra de Dios.

Tal era la secta que desde Enrique VIII luchaba á la vez contra la iglesia anglicana dominante y contra los restos del catolicismo proscrito.

X.

Tres reinados habian sido agitados por estas disensiones del culto: el de la reina Maria, hija católica de Enrique VIII, que habia favorecido la conversion de sus súbditos á su propia fé, y cuya memoria aborrecian los puritanos como la de una *Jezabel* papista; el de la gran reina Isabel, hija protestante del mismo rey, pero de otra madre, que habia perseguido á los católicos, inmolado á Maria Stuart de Escocia, y prescrito la multa, los calabozos y hasta la muerte contra aquellos de sus súbditos que no hacian á lo menos una vez cada seis meses acto público del culto anglicano; el de Jacobo I, hijo de Maria Stuart, aunque educado en la iglesia protestante por los puritanos de Escocia, príncipe llamado al trono de Inglaterra por desherencia de la casa de Tudor á la muerte de Isabel, hombre dulce, filósofo y tolerante, que habia querido contemporizar con los dos cultos y hacer vivir en paz bajo sus leyes á las sectas rivales de aquella tregua forzada.

XI.

Acababa de sucederle su hijo Carlos I á la edad de veinte y seis años. Era un príncipe dotado por la naturaleza, por el carácter y la educacion, de todos los dones propios para gobernar á una nacion poderosa é ilustrada en tiempos normales; de hermosa figura, de esforzado corazon, de recta conciencia y de palabra elocuente; ambicioso del amor de su pueblo, solícito de la gloria de su pais, incapaz de atentar á las leyes y á las libertades de la constitucion, y deseoso solamente de conservar, por deber á sus sucesores, la parte entera y mal definida de autoridad real que aquella constitucion, menos escrita que practicada, concedia á los reyes de Inglaterra.

Al subir al trono Carlos I, halló y conservó por deferencia en el puesto de primer ministro, á un favorito de su padre, sin mérito ninguno, al duque de Buckingham. Sin otros títulos que su arrogante figura, la gracia de sus modales y un insolente orgullo, puede decirse que el duque era uno de esos caprichos de la fortuna

que el favor de los reyes débiles convierte en poder; pero de los cuales no hace nunca un hombre de estado. Mas á propósito para el papel de favorito que de ministro, despues de haber pagado con la ingratitud los locos favores del padre, y maquinado sordamente en el parlamento contra Jacobo, pretendia continuar reinando por costumbre bajo el nombre del hijo.

La modestia de Carlos le dejó algunos años agitar la Inglaterra y trastornar el Estado, haciendo avanzar y retroceder alternativamente á su jóven soberano, segun lo exigia el interés de su propia influencia, en las relaciones de la corona con el parlamento mas allá y mas acá de los limites que el derecho y las tradiciones atribuyen á estos dos poderes. Creó tambien el espíritu de resistencia y de usurpacion parlamentarias, en oposicion con el espíritu de empresa y de prepotencia reales. Buckingham afectaba el poder absoluto del cardenal de Richelieu, sin tener su genio ni su carácter. Al fin Carlos I, se vió libre y desembarazado del favorito de su padre, á causa de haber sido asesinado en Plymouth por un fanático, que de este modo quiso vengarse de una injusticia que le habia hecho Buckingham quitándole un grado en el ejército.

Desde aquel dia quiso el rey, como Luis XIV en Francia, gobernar por sí mismo sin primer ministro; pero el infortunado Carlos I no habia tenido ni un Richelieu para abatir delante de su reinado las resistencias, ni un Mazarino para corromperlas. Además, la Francia, al subir al trono Luis XIV, se hallaba al fin de sus agitaciones y de sus guerras civiles, y la Inglaterra estaba al principio. Así es que no se puede razonablemente atribuir á la inferioridad personal de Carlos I las desgracias que mas bien fueron faltas de la época que suyas.

XII.

En pocos años las luchas entre el jóven rey y su parlamento, luchas envenenadas por las facciones religiosas mucho mas que por las políticas, pusieron en fermentacion á la Inglaterra, á la Escocia y á la Irlanda, como preludio de las guerras civiles y catástrofes que habian de sobrevenir en el Estado. El parlamento, muchas veces disuelto por sus impacientes discusiones, y vuelto á convocar siempre por la necesidad de sus subsidios, llegó á ser el foco y el centro activo y popular de todos los partidos opuestos al rey. Toda la Inglaterra se colocó detrás de sus oradores. El rey fué el enemigo comun de todas las sectas religiosas, de todas las libertades patrióticas y de todas las ambiciones que aspiraban á conquistar so-